

graciados cuya carga de desventuras acepta en sus espaldas.

* * *

Las relaciones entre el médico y el enfermo suponen, en su origen, una especie de contrato moral en el cual el paciente aceptó los riesgos. El acto médico nunca puede compararse con el del arquitecto, o con el del mecánico, por ejemplo. El cirujano más cuidadoso, más seguro de su técnica, nunca sabe con certidumbre perfecta, al intervenir, cómo van a presentarse los sucesos y cómo tendrá de evolucionar el caso. Si no está automatizado en su consciencia y en sus actos, pensará siempre, al ordenar la administración de la primera gota de anestésico, en la posibilidad inmediata de un accidente fatal.

Al seccionar un órgano o al abrir una cavidad natural, espera siempre una sorpresa.

El médico que inyecta una vacuna, o que administra una dosis normal de un medicamento benigno, nunca estará absolutamente seguro de tropezar con un caso de intolerancia completa y de que el acto terapéutico, indicado, preciso, habrá de producir un drama.

Y ello porque su sujeto es un ser vivo y porque toda intervención médica o quirúrgica impone una aplicación y una experimentación.

Y en ésta, en la experimentación, la casualidad se reserva siempre su parte. Conviene no olvidarlo.

* * *

Surge ahora el problema que ha de imponerse en